

Editorial

Los dinosaurios inquietan, no hay la menor duda de ello. Tal vez por sus dimensiones, la apariencia feroz de algunos o simplemente por ser la amalgama que se hizo de ellos y los dragones, llenándose así de todas las connotaciones que han hecho que estos seres se eternicen en el imaginario social. Quizá por lo mismo las peculiaridades de los dinosaurios y lo remoto de su existencia los ha tornado en seres casi mitológicos, no ubicados en el espacio, sino tan sólo en un tiempo ya pasado —una aureola mágica que los medios se han encargado de reforzar.

No obstante, en los países donde hay buenos museos de historia natural es posible ver los esqueletos, o partes, enterarse de dónde vivían, cómo era su entorno, aprender sobre su relación con otros dinosaurios y tal vez con algún organismo actual. Es una buena manera de restituirles un espacio y un tiempo, un poco de vida, de acercarlos a este mundo. También hay documentales que logran esto e incluso algunos derrochan tecnología digital, y no faltan publicaciones diversas sobre el tema.

Desafortunadamente, en México no tenemos un buen museo de historia natural, el de la ciudad de México sigue en espera de una remodelación, y las colecciones del Museo de Geología de la UNAM son exiguas, y sólo ahora el Museo del Desierto

de Coahuila comienza a despuntar con una pequeña colección de dinosaurios, sobre todo de la región. Si a ello sumamos la falta de difusión del trabajo de los paleontólogos mexicanos, la escasa cobertura que brindan los medios a la ciencia nacional, no es de extrañar que casi no se conozca la existencia de dinosaurios encontrados en nuestro territorio, ni sobre su diversidad o hábitat, y menos de la labor de quienes se han dedicado a su estudio desde hace años.

La separación de ciencia y cultura en nuestro país es una realidad lacerante; aquí todavía “ser culto” es saber de pintura, literatura y demás bellas artes, e incluso hasta gastronomía, antes que conocer algo de ciencia. Sin embargo, lo más lamentable es que esto se repita en el seno de la misma universidad, donde se construyen monumentales museos de arte, se anuncia un museo de arqueología (¿?) se pretende transformar el Museo de la Luz en uno sobre la Constitución (¿!), al tiempo que se mantiene como un museo del museo el de Geología —los añadidos del sótano son sólo eso. Ciertamente que hay un museo de ciencias, pero se trata de dos cosas distintas, como se puede apreciar en muchas ciudades del mundo.

La pregunta es, ¿por qué no un museo de historia natural en la UNAM? 🌿

